

su sitio, sin abrirlo; despues hojeó algunos papeles con distraccion.

—Poel... queria tambien preguntarte... qué hora es?

—Las seis de la mañana, contestó el criado del general, que tenia un reloj delante de los ojos.

—Quería decirte, Poel... ¿qué hay de nuevo en palacio?

El general continuó su revista de papeles, escribiendo sobre cada uno de ellos algunas palabras maquinalmente.

—Nada, señor, sino que todavía esperamos á mi noble amo, cuya tardanza veo que inquieta á su excelencia.

Levantóse el general de su poltrona y miró á Poel con aire de enojo.

—Te equivocas... ¡Inquietarme á mí Ordener!... no; sé el motivo de su ausencia... no le espero aun.

El general Levin era en tan alto grado celoso de su autoridad, que hubiera creido comprometerla si un subalterno hubiera podido adivinar uno de sus pensamientos secretos y creer que Ordener obraba sin orden suya.

—Poel, prosiguió, retírate.

Hízolo así el criado.

—A fé mia, se dijo el gobernador al quedarse solo, que Ordener usa y abusa. A fuerza de doblar la hoja se rompe. ¡Hacerme pasar una noche de insomnio y de impaciencia! ¡Exponer al general Levin á los sarcasmos de la cancillería y á las conjeturas de un criado! y todo esto porque un antiguo enemigo reciba los primeros abrazos que se deben á un amigo antiguo. Ordener! Ordener! los caprichos matan la libertad. ¡Ya puede venir, que verá cómo le recibo!... Exponer al gobernador de Drontheim á las conjeturas de un criado y á los sarcasmos de la cancillería! Que venga!

Continuaba el general poniendo notas á los papeles sin leerlos, cuando una voz conocida gritó:

—Mi general! mi noble padre! y Ordener estrechaba en sus brazos al anciano, que no pensó en reprimir sus gritos de alegría:

—Ordener, querido Ordener! voto vá! Cuánto me alegro.—Pero llegó la reflexión en medio de esa frase:—Me alegro, señor baron, de que sepais refrenar vuestros sentimientos. Parece que teneis gusto en volverme á ver, y sin duda, para mortificaros, os habeis impuesto la privación de no verme durante las veinticuatro horas que estais aquí.

—Muchas veces me habeis dicho, padre mio, que un enemigo desgraciado era

antes que un amigo feliz. Vengo de Munckholm.

—Sin duda, cuando la desgracia del enemigo es inminente. Pero el porvenir de Schumacker...

—Es más terrible que nunca. Se está urdiendo una trama odiosa contra ese desgraciado. Hombres que fueron sus amigos tratan de perderle, pero un enemigo quiere salvarle.

El general, cuyo semblante se fué serenando por grados, interrumpió á Ordener:

—Bien, querido Ordener, pero Schumacker está bajo mi salvaguardia. ¿Qué hombres, qué tramas son esas de que me hablais?...

Ordener no podia responder con claridad á esa pregunta, pues solo tenia noticias muy vagas, sospechas muy inciertas sobre la situacion del hombre por el que iba á exponer la vida.

A muchos parecerá que obraba locamente; pero las almas jóvenes hacen lo que creen justo por instinto y no por cálculo; además, en este mundo, en que la prudencia es tan árida y la discrecion tan irónica, ¿quién negará que la generosidad es una locura?

Todo es relativo en la tierra, porque todo es limitado, y la virtud sería una demencia si detrás de los hombres no existiera Dios. Ordener estaba en la edad en que el hombre cree y es creido; arriesgaba la vida con confianza, y convenció al general con razones que hubieran prevalecido en una fria discusion.

—Qué tramas y qué hombres? Dentro de algunos dias lo habré aclarado todo y sabreis cuanto yo sepa. Esta noche vuelvo á ponerme en camino.

—Cómo! exclamó el anciano; ¿no pasarás conmigo algunas horas? Pero, ¿adónde vas? por qué partes, hijo mio?

—Algunas veces me habeis permitido hacer una buena obra en secreto.

—Sí, hijo mio, pero te vas sin saber á punto fijo por qué, y un importante negocio reclama aquí tu presencia.

—Mi padre me concedió un mes de reflexión, y yo lo consagro á los intereses de otro. Una buena accion inspira un buen consejo. A mi vuelta decidiré.

—Te desagrada acaso esa boda? repuso el general con tono cariñoso; ¡dicen que Ulrica de Ahlefeld es tan hermosa! La has visto, Ordener?

—Creo que sí... contestó, y me parece que es hermosa.

—Pues bien!

—Pues bien, no será mi esposa.

La palabra fria y decisiva del joven fué para el gobernador un rayo de luz, que le trajo á la memoria las sospechas de la orgullosa condesa.

—Ordener, contestó el general meneando la cabeza, yo debiera tener mucho juicio, porque he sido muy pecador, y, sin embargo, soy un pobre loco. El prisionero tiene una hija...

—De ella quiero hablaros, mi general, mi padre. Os pido vuestra proteccion para esa niña inocente y oprimida.

—En verdad que te interesa mucho.

—¿Y cómo no ha de interesarme una pobre prisionera, á la que quieren arrancar la vida, y lo que es más aun, el honor?

—La vida! el honor! qué dices? Yo soy el que aquí gobierna é ignoro todos esos horrores. Expílicate.

—Padre mio, un complot infernal amenaza la vida del prisionero y la de su hija.

—Eso que dices es muy grave; ¿qué pruebas tienes?

—El hijo primogénito de una familia poderosa está en Munckholm con el único objeto de seducir á la condesa Ethel. El mismo me lo confesó.

El general retrocedió indignado.

—Dios mio, pobre niña! Ordener, Schumacker está bajo mi proteccion. ¿Quién es ese miserable? Qué familia es esa?

Ordener se aproximó al general y, estrechándole la mano, le dijo:

—La familia de Ahlefeld.

—De Ahlefeld! exclamó el gobernador: sí, no hay duda... el teniente Federico está de guarnicion en Munckholm. Noble Ordener, quieren aliarte á esa raza... comprendo tu repugnancia.

El anciano, cruzando los brazos, permaneció algunos instantes pensativo; luego estrechó al joven contra su pecho.

—Hijo mio, puedes ponerte en camino: tus protegidos no echarán de menos tu proteccion... yo estoy aquí. Todo lo que tú haces está bien hecho. Esa infernal condesa esta aquí... Lo sabias?

—La noble condesa de Ahlefeld, dijo la voz del ujier, abriendo la puerta.

Al oír este nombre retrocedió Ordener maquinalmente hasta el fondo de la estancia. Ella, que entró sin verle, exclamó:

—Señor general, vuestro ahijado se burla de vuestra credulidad; no fué á Munckholm.

—No fué!

—Mi hijo Federico, que sale ahora de palacio, estaba ayer de guardia en el castillo y á nadie vió.

—Eso es cierto?

—Sí, por lo que, continuó la condesa sonriendo con aire de triunfo, no esperéis ya á Ordener.

El gobernador quedó grave y frio.

—No le espero ya, condesa.

—General, creia que estábamos solos. Quién es...?

Dijo esto la condesa volviendo la cabeza y mirando á Ordener.

—Señor general, es el hijo del virey?... yo no le he visto más que una sola vez.

—El mismo, noble señora, contestó Ordener, inclinándose para saludar.

La condesa se sonrió.

—En ese caso, permitid á una señora, que pronto será algo más para vos, que os pregunte dónde habeis ido ayer, señor conde.

—Señor conde? no creo haber tenido la desgracia de perder á mi padre.

—Ni yo tampoco lo creo. Más vale adquirir el título de conde tomando una esposa que perdiendo un padre.

—Tanto vale uno como otro, noble señora.

La condesa se turbó, pero sonriendo dijo:

—Vamos, no me habian engañado... el hijo del virey es algo... salvaje, pero se civilizará cuando Ulrica de Ahlefeld le ciña al cuello la cadena de la orden del Elefante.

—Verdadera cadena, efectivamente.

—Vereis, general Levin, prosiguió la condesa contrariada, cómo vuestro ahijado se hace tambien de pencas para recibir de una dama el grado de coronel.

—Teneis razon, señora condesa, replicó Ordener; para el hombre que ciñe espada no es muy honroso deber sus ascensos á una mujer.

La fisonomía de la gran señora se anubló completamente.

—De dónde viene el señor baron? Estoy segura de que no estuvo ayer en Munckholm.

—Noble señora, no siempre respondo á todas las preguntas. Mi general, nos volveremos á ver.

Despues, estrechando la mano de su viejo amigo y saludando á la condesa, salió, dejando á la dama estupefacta, sola con el gobernador, indignado de todo lo que sabia.

XII.

El hombre que en este momento está sentado junto á él, que parte con el su pan y bebe á su salud en la misma copa que él, ese será el que le asesine.

(SHAKESPEARE.)

Transportese ahora el lector al camino de Drontheim á Skongen, camino estrecho y pedregoso, que costea el golfo de Drontheim hasta la aldea de Vygla, y oirá los pasos de dos viajeros, que salieron por la puerta llamada de Skongen á la caída de la tarde, y que subían con bastante rapidez á las colinas, sobre las que serpentea el camino de Vygla.

Ambos van embozados en sus capas. Uno anda con paso juvenil y firme, con el cuerpo derecho y la cabeza erguida; por debajo de la capa le asoma la contera del sable, y, á pesar de la oscuridad de la noche, se vé balancearse al soplo del viento una pluma sobre la gorra. El otro es un poco más alto que su compañero y ligeramente encorvado; tiene en la espalda una joroba, formada sin duda por una mochila que tapa una gran capa negra, cuyos bordes deshilados anuncian buenos y leales servicios; no lleva otra arma que un largo baston, que ayuda á su marcha desigual y precipitada.

Aunque la noche impide distinguir las facciones de los dos viajeros, el lector los conocerá por la conversacion que entabla uno de ellos, despues de una hora de camino silencioso.

—Hemos llegado, señor, al punto en el que se ven á la vez la torre de Vygla y los campanarios de Drontheim. Delante de nosotros está esa masa negra, que es la torre; y detrás, ved, ved la catedral, cuyos botareles, más negros que el cielo, se dibujan como las costillas del esqueleto de un mamout.

—Está Vygla lejos de Skongen? preguntó el otro caminante.

—Todavía tenemos que atravesar el Ordals y no podemos llegar á Skongen antes de las tres de la madrugada.

—¿Qué hora es la que dá en este momento?

—Me haceis temblar, señor, porque esos sonidos son los de la campana de Drontheim, que nos trae el viento, y anuncia tempestad. El soplo del Noroeste trae las nubes hácia aquí.

—En efecto, todas las estrellas han desaparecido.

—Apresuremos el paso, porque la tempestad se acerca, y acaso ya hayan ob-

servado en la ciudad la mutilacion del cadáver de Gill y mi fuga. Apresuremos el paso.

—Con mucho gusto, pero parece que os pesa la carga; yo la llevaré, que yo soy más jóven y más vigoroso.

—No por cierto, que no le corresponde al águila cargar con la concha de la tortuga. Soy indigno de que una persona como vos cargue con mi mochila.

—Pero, anciano, os fatiga demasiado. Debe pesar mucho. Ahora mismo tropezásteis y me pareció que vuestra carga sonaba á hierro.

El viejo se separó bruscamente del jóven.

—A hierro decís?... no, no... os habeis equivocado. Solo contiene camisas y víveres... y no me canso de llevarla, no.

La afectuosa proposicion del jóven parecia haber causado á su anciano compañero un terror que éste se esforzaba en disimular.

—Pues bien, repuso el jóven, si la carga no os molesta, quedaos con ella.

El anciano, más tranquilo, se apresuró, no obstante, á mudar de conversacion.

—Es triste cosa seguir de noche, como fugitivos, un camino que seria delicioso recorrer de dia como observadores. Hay en las orillas del golfo, á nuestra izquierda, profusion de piedras rúnicas en las que se pueden estudiar caracteres trazados, segun dicen las tradiciones, por los dioses y por los gigantes. A la derecha, detrás de las peñas que están al borde del camino, se extiende el pantano salado de Sciold, que comunica sin duda con el mar por medio de algun canal subterráneo, porque en él se pesca el *lombrico* marino, ese pez singular que, como ha demostrado vuestro servidor y guia, solo se alimenta de arena. En la torre de Vygla, á la que nos acercamos, fué donde el rey pagano Vermond hizo asar los pechos de Santa Etheldera, gloriosa mártir, en la madera de la verdadera Cruz, llevada á Copenhague por Olao III y conquistada por el rey de Noruega. Dícese que en los tiempos sucesivos han sido inútiles cuantos esfuerzos se han hecho para convertir en capilla esa torre maldita; todas las cruces que se han ido poniendo en ella han sido consumidas por el fuego del cielo.

En este instante un relámpago inmenso cubrió el golfo, la colina, las rocas y la torre, y desapareció antes de que la vista de los dos viajeros pudiera distinguir ninguno de esos objetos. Se de-

tuvieron espontáneamente, y el relámpago fué seguido de un fuerte trueno, cuyo eco se prolongó de nube en nube en el cielo y de roca en roca en la tierra.

Alzaron los ojos y no vieron ni una sola estrella; nubes enormes rodaban rápidamente unas sobre otras, y la tempestad se amontonaba como una avalancha encima de sus cabezas. El violento vendaval, que impelía todas aquellas masas, no habia descendido aun hasta los árboles, que ningun soplo agitaba, y sobre cuyas hojas no resonaba aun ninguna gota de lluvia. Oíase en lo alto como un murmullo tempestuoso, que, unido á los bramidos del golfo, era el único ruido que se oía en la oscuridad de la noche, aumentada por las tinieblas de la tempestad.

Interrumpió de repente ese tumulto silencioso, junto á los viajeros, una especie de rugido que hizo temblar al anciano.

—Cielo santo! exclamó, arrimándose al jóven cuanto pudo; es la risa del demonio en la borrasca, ó es la voz...

Un nuevo relámpago y un nuevo trueno le cortaron la palabra. Entonces empezó con ímpetu la tempestad, como si estuviese esperando aquella señal. Los dos viajeros se cubrieron con sus capas lo mejor que pudieron para guarecerse á la vez de la lluvia, que caía á torrentes, y del polvo espeso, que el viento furioso remolinaba en la tierra seca aun.

—Anciano, dijo el jóven, un relámpago acaba de hacerme ver la torre de Vygla á nuestra derecha; separémonos del camino y busquemos en ella un abrigo.

—Un abrigo en la torre maldita! exclamó el viejo; ¡que San Hospicio nos proteja! ¿No sabeis, señor, que esa torre está desierta?

—Tanto mejor; así no tendremos que esperar á la puerta.

—¡Pensad que la abominacion la ha manchado!

—Pues bien, se purificará abrigándonos. Seguidme, porque os confieso que en semejante noche yo buscara hospitalidad hasta en una caverna de bandidos.

Entonces, á pesar de las observaciones del anciano, á quien habia cogido por el brazo, se dirigió hácia el edificio, que frecuentes relámpagos le hacian divisar á corta distancia. Al acercarse á él vieron una luz en una de las troneras de la torre.

—Ya veis que esa torre no está desierta, y esto debe tranquilizaros.

—Dios mio! Dónde me llevais, señor?

No permita el bienaventurado San Hospicio que yo entre en ese oratorio del demonio.

Estaban ya al pié de la torre y el jóven llamó con toda su fuerza á la temida puerta.

—Tranquilizaos; algun piadoso cenobita habrá venido á santificar este sitio profanado, habitando en él.

—No, decia su compañero; yo no entraré. Ningun ermitaño puede vivir aquí, á no ser que tome por rosario las siete cadenas de Belcebú.

Entre tanto una luz, que habia ido bajando de tronera en tronera, brilló por fin en la cerraja de la puerta.

—Muy tarde llegas, Nychol, gritó una voz ágría; á las doce se levanta la horca, y solo se necesitan seis horas para venir de Skongen á Vygla. ¿Ha habido aumento de quehaceres?

Se oyó esta pregunta en el momento de abrirse la puerta.

La mujer que la abrió, viendo dos caras extrañas en vez de la que esperaba, lanzó un grito de espanto y de amenaza y retrocedió tres pasos.

El aspecto de aquella mujer no era tranquilizador.

Era muy alta; su brazo levantaba por encima de la cabeza una lámpara de hierro, que inundaba su semblante de claridad. Sus lívidas facciones, su rostro seco y anguloso, tenian no sé qué de cadavérico, y de sus ojos hundidos se escapaban siniestros reflejos, semejantes á los de una antorcha funeral. Vestia de cintura abajo un jubon de sayal de escarlata, que dejaba ver sus piés desnudos, y parecia salpicado de manchas de otro color rojo. Medio cubria su descarnado pecho una chaqueta de hombre, del mismo color, cuyas mangas no llegaban más que hasta el codo. El viento que penetraba por la puerta agitaba encima de su cabeza largos cabellos grises, retenidos por una guita de corteza de árbol, que contribuía aun á dar expresion más salvaje á su feroz fisonomía.

—Buena mujer, dijo el más jóven de los recién llegados, la lluvia cae á chorros, estais bajo techado y nosotros traemos oro.

Su compañero le tiraba de la capa, diciéndole en voz baja:

—Qué decís, señor? Si esta no es la morada del diablo, es la cueva de algun bandido, y el dinero nos perderá en vez de salvarnos.

—Silencio! le dijo el jóven; y sacando una bolsa del jubon, hizola brillar ante

la vista de la mujer salvaje, repitiéndola la súplica de antes.

Esta, vuelta en sí de su sorpresa, contemplaba alternativamente á los viajeros con ojos fijos y desencajados.

—Extranjeros, gritó al fin, ¿os han abandonado por ventura vuestros ángeles guardianes? ¿qué venís á buscar de los habitantes de la torre maldita? ¡Extranjeros! ¡Oh! no han sido los hombres los que os han indicado estas ruinas como asilo, porque ellos os hubieran dicho que más vale sufrir los relámpagos de la tempestad, que reposar en el hogar de la torre de Vyglá. El único viviente que aquí entra no tiene entrada en las mansiones de los otros vivientes. No deja la soledad más que por la muchedumbre, no vive más que para la muerte. Los hombres solo se ocupan de él para maldecirle; solo sirve para sus venganzas, no existe más que por sus crímenes. Y el más infame malvado, en la hora del castigo descarga sobre él el desprecio universal y se cree con derecho á despreciarlo. Sois extranjeros, porque no habeis retrocedido con horror á la puerta de esta torre: no perturbéis por más tiempo á la loba y á los lobeznos; volved al camino por donde van los demás hombres, y si no quereis que huyan de vosotros vuestros hermanos, no les digais que ha iluminado vuestros semblantes la lámpara de los huéspedes de la torre de Vyglá.

Diciendo estas palabras se dirigió á los viajeros, señalándoles la puerta. Temblaba el anciano desde la cabeza hasta los piés, mirando con aire de súplica al jóven, el que no comprendió lo que significaban las palabras de aquella mujer, á causa de la extrema volubilidad de su exabrupto, creyéndola loca, y no encontrándose dispuesto por otra parte á exponerse otra vez á la lluvia, que continuaba cayendo á torrentes.

—A fé mia, dijo, que acabais de pintarme un personaje singular, y no quiero perder la ocasion de conocerlo.

—El conocimiento con él pronto se entabla y pronto se termina. Si el demonio os impele á ello, id á asesinar á un hombre ó profanad un cadáver.

—A profanar un muerto! repitió el anciano con voz temblona y ocultándose en la sombra de su compañero.

—No comprendo, dijo éste, esos medios indirectos que me indicais; es más sencillo quedarse aquí. Seria estar locos proseguir nuestro camino con tiempo semejante.

—Más locura es albergarse en este sitio, contestó el viejo.

—Desgraciado! exclamó la mujer dirigiéndose al jóven; no llames á la puerta del que no abre más que la del sepulcro.

—Aunque la puerta del sepulcro debiera abrirse para mí, no se dirá jamás que retrocedo ante una palabra aterradora. Mi sable me responde de todo. Vamos, cerrad esa puerta y tomad este oro.

—Qué me importa ese oro? respondió la mujer; es precioso en vuestras manos y en las mias es más vil que el estaño. Pero en fin, quedaos por vuestro oro: él puede preservar de las tempestades del cielo, pero no del desprecio de los hombres. Quedaos; más os cuesta la hospitalidad que lo que se paga por matar á un hombre. Esperadme un instante aquí y dadme el dinero. Sí; esta es la primera vez que entran en esta torre las manos de un hombre cargadas de oro, sin venir también manchadas de sangre.

Puso esa mujer extraña la lámpara en el suelo, barrió la puerta y desapareció bajo la bóveda de una escalera negra abierta en el fondo de la estancia.

El viejo temblaba, invocando bajo todos sus nombres al glorioso San Hospicio, y maldecía con toda su alma y en voz baja la imprudencia de su jóven compañero: éste tomó la luz y se puso á recorrer la gran pieza circular en la que se encontraban. Lo que vió al acercarse á la pared le hizo retroceder de espanto, y el anciano, que con la vista seguía la inspeccion de su señor, exclamó:

—Dios mio, una horca!

Una horca grande estaba, en efecto, apoyada contra la pared.

—Sí, dijo el jóven; aquí hay sierras de madera y de hierro, cadenas y argollas... aquí hay un caballete y unas tenazas delgadas encima de él.

—Cielo santo! Dónde estamos! exclamó el anciano.

El jóven continuó friamente su reconocimiento.

—Aquí hay un rollo de cuerdas de cáñamo, hornillos y calderas; esta parte de la pared está cubierta de pinzas y de escarpelos; esto son látigos de cuero guardados de puntas de acero, una hacha, una maza...

—Esto es, pues, la guardarropiá del infierno, interrumpió diciendo el anciano, aterrado al oír aquella prolija enumeracion.

—Aquí hay sifones de cobre, ruedas con dientes de bronce, una caja con grandes clavos, un crig...; ¡terribles instru-

mentos! Mal me sabe haberos traído aquí.

—A buena hora...

El viejo estaba más muerto que vivo.

—No os asuste este sitio peligroso, que aquí estoy yo para defenderos.

—Buena ayuda! murmuró el anciano, en quien el terror disminuía el respeto y el temor que le inspiraba su compañero; ¡su sable de treinta pulgadas contra una horca de treinta codos!...

Presentóse entonces la mujer, y tomando la lámpara de hierro, hizo señal á los viajeros de que la siguiesen. Subieron con precaucion una escalera estrecha y vacilante practicada en el cuerpo de una de las paredes de la torre. Al pasar por delante de cada tronera entraba una bocanada de viento y de lluvia á amenazar la trémula llama de la lámpara, que la que la llevaba cubria con sus manos, largas y diáfanas. No sin tropezar alguna vez con piedras movilizadas, que la imaginacion alarmada del viejo tomaba por huesos humanos esparcidos sobre los escalones, llegaron á una sala redonda parecida á la sala inferior, situada en el primer piso del edificio. Brillaba en su centro, segun la costumbre gótica, un vasto hogar, cuyo humo se escapaba por un agujero abierto en el techo, no sin empañar de un modo sensible la atmósfera de la sala: esta luz y la de la lámpara de hierro fueron las que encaminaron á los viajeros á la torre. Un asador, cargado de carne casi cruda, daba vueltas alrededor del fuego. El anciano, estremecido, volvió la cabeza.

—Ahí... en ese sitio execrable, dijo á su compañero, encendieron en brasas la verdadera Cruz que consumió los miembros de una santa.

A corta distancia de la hoguera habia una grosera mesa. La mujer invitó á que se sentaran á los viajeros.

—Extranjeros, les dijo, poniendo la lámpara en la mesa; pronto estará la cena y no tardará en llegar mi marido, por miedo de que se le lleve el espíritu de media noche al pasar junto á la torre maldita.

Entonces Ordener (porque el lector habrá ya reconocido á éste y Spiagudry) pudo examinar despacio el disfraz caprichoso con que éste habia agotado los recursos de su imaginacion, fecundizada por el miedo de ser conocido y reclamado por la justicia. El pobre conserje fugitivo trocó su traje de cuero de rengífero por otro negro completo, abandonado *in illo tempore* en el Spladgest por un célebre gramático de Drontheim, que se

arrojó al mar desesperado de no haber podido descubrir por qué razon *Jupiter* daba *Jovis* en genitivo. A sus abarcas habíalas reemplazado con las enormes botas de un postillon, arrastrado por sus caballos, botas en las que estaban tan holgadas sus delgadas piernas, que no hubiera podido andar si no las hubiese rellenado con media arroba de paja. La colosal peluca de un jóven y elegante viajero francés, asesinado por salteadores junto á las puertas de Drontheim, ocultaba su calvicie y flotaba sobre sus hombros, desiguales y puntiagudos. Un emplasto negro cubria uno de sus ojos, y merced á un bote de colorete, encontrado en los bolsillos de una anciana soltera, que murió de amores, sus mejillas pálidas y hundidas estaban rellenas de bermellon, que, desleído por la lluvia, se deslizó hasta la barba. Antes de sentarse colocó con cuidado en su silla el paquete que llevaba sobre la espalda, se cubrió con su capa vieja, y mientras absorbía toda la atencion de su compañero, concentraba la suya en el asado que la mujer vigilaba, hácia el que lanzaba de cuando en cuando miradas de inquietud y horror. Salían de su boca estas y otras lúgubres exclamaciones:— Carne humana!... *horrendas epulas!*... Antropófagos!... Cena de Moloch!...—*Ne pueros coram populo Médea trucidet!*... ¿Dónde estamos? Atreo!... Druidas! ¡Irmen-sul!... ¡El diablo ha pulverizado á Lycaonte!

Al fin gritó:

—Gracias, justo Dios! veo un rabo!...

Ordener, que le escuchaba atentamente y seguía el hilo de sus ideas, no pudo menos de sonreír.

—No me gusta ese rabo; ¡puede que sea el de Belcebú!

Spiagudry no hizo caso de esta chanza; sus ojos estaban clavados en el fondo de la sala. Se estremeció, é inclinándose al oído de Ordener, le dijo:

—Señor, mirad hácia el fondo... allí... sobre aquel monton de paja... en la sombra...

—Qué hay? preguntó Ordener.

—Tres cuerpos desnudos é inmóviles... tres cuerpos de niños.

—Llaman á la puerta de la torre, dijo la mujer, acurrucada junto al fuego.

En efecto, se oyó entre el rumor de la tempestad, que aumentaba cada momento, un golpe, seguido de otros dos más fuertes.

—El es, Nychol, dijo la mujer, que tomó la lámpara y bajó precipitadamente.

Aun no habian reanudado la conversacion los dos viajeros, cuando oyeron en la sala baja confuso rumor de voces, en medio del que comprendieron las siguientes palabras, pronunciadas por una voz que hizo temblar y estremecerse al pobre Spiagudry:

—Mujer, calla; repito que nos quedamos. El trueno entra sin que le abran la puerta.

Aterrado Spiagudry, arrimóse á Orden.

Resonó en la escalera tumulto de pasos, y despues dos hombres, vestidos de religiosos, entraron en la estancia seguidos de la mujer.

Uno de aquellos hombres era bastante alto y llevaba el traje negro y la cabellera redonda de los sacerdotes luteranos; el otro, de baja estatura, llevaba hábito de ermitaño, sujeto á la cintura por un cordón. La capucha, caida sobre el rostro, solo dejaba ver su larga barba negra; las manos las llevaba ocultas en las mangas de su ropón.

Al ver aquellos dos pacíficos personajes, Spiagudry sintió desvanecerse el terror que le causara la voz de uno de ellos.

—No os asusteis, hija mia, dijo el sacerdote á la mujer; los sacerdotes cristianos hacen bien á quien les perjudica; ¿cómo han de perjudicar á quien les favorece? Venimos á pedir os albergue. Si el reverendo doctor que me acompaña os habló antes con dureza, hizo mal en olvidar la moderacion de la voz que nos está recomendada... empero el más santo está sujeto á las flaquezas humanas. Me extravié esta tarde en el camino de Skongen á Drontheim, sin guia en la noche, sin asilo en la tempestad. Encontré á este reverendo hermano, que estaba, como yo, lejos de su retiro, y se dignó permitirme que viniera con él á vuestra morada, encomiándome vuestra bondad hospitalaria: veo que no se equivocó. No nos digais como el mal pastor: *¿Advenatur intras?* Recibidnos bien y Dios preservará vuestras cosechas de la tempestad. Dios proporcionará abrigo á vuestros ganados durante la borrasca, como vos se lo proporcionais á los viajeros extraviados.

—Buen anciano, contestó la mujer con voz feroz, yo no tengo ni cosechas ni ganados.

—Pues si sois pobre, Dios bendice al pobre antes que al rico. Envejecereis al lado de vuestro marido, respetados, no por vuestros bienes, sino por vuestras

virtudes; crecerán vuestros hijos en medio de la estimacion de los hombres y serán lo que fué su padre.

—Callaos! exclamó la mujer con voz de trueno: si continuamos siendo lo que somos, nuestros hijos envejecerán, como nosotros, despreciados por los hombres, cuyo desprecio se trasmite sobre nuestra raza de generacion en generacion. Vuestras bendiciones se convierten en maldicion al caer sobre nosotros.

—Cielos! quién sois? ¿qué crímenes habeis cometido?

—Qué entendeis por crímenes? ¿qué entendeis por virtudes? Nosotros gozamos de un privilegio, y no podemos ni tener virtudes ni cometer crímenes.

—Esta mujer no tiene el juicio sano, dijo el sacerdote volviéndose al ermitaño, que secaba al fuego su hábito.

—No, no, replicó la mujer; voy á deciros en dónde estais; prefiero inspiraros horror á inspiraros piedad. No soy una insensata, soy la mujer del...

El temblor de la puerta de la torre al choque de un golpe violento impidió que se oyese el resto de lo que iba á decir aquella mujer, con disgusto de Orden y de Spiagudry, que habian prestado silenciosa atencion á aquel misterioso diálogo.

—¡Maldito sea el síndico mayor de Skongen, porque nos ha designado por morada esta torre, tan inmediata al camino real! exclamó la mujer; quizás no sea aun Nychol.

Tomó la lámpara.

—Al fin y al cabo, si es otro viajero, qué importa! bien puede pasar el arroyo por donde pasa el torrente.

Quedaron solos los cuatro viajeros y se miraban unos á otros al resplandor de las llamas del hogar. Spiagudry, aterrado al principio al oír la voz del ermitaño y tranquilizado despues al ver su barba negra, hubiera acaso vuelto á temblar si hubiese visto las penetrantes miradas que éste le dirigia por debajo de la capucha.

Rompió el silencio general el sacerdote, diciendo:

—Supongo, hermano ermitaño, que sereis uno de los sacerdotes católicos escapados de la última persecucion y que volváis á vuestro retiro cuando acerté á encontraros: ¿podreis decirme qué sitio es este donde nos encontramos?

La desvencijada puerta de la escalera abrióse antes de que contestara el ermitaño.

—Cuando reina la tempestad, nunca

falta quien acuda á nuestra mesa execrable y se guarezca bajo nuestro techo maldito.

—Nychol, respondió la mujer, no pude evitar...

—Nada me importa tener huéspedes con tal que paguen: tan bien se gana el dinero albergando á un viajero como estrangulando á un bandido.

El que esto decia detúvose á la puerta de la estancia, desde donde los cuatro viajeros podian contemplarle á su sabor. Era un hombre de proporciones colosales, vestido como la patrona, de sarga roja. Su enorme cabeza parecia que le nacia de las espaldas, formando verdadero contraste con el cuello largo y huesoso de su esposa. Era de pequeña frente, de nariz chata y de espesas cejas; sus ojos, rodeados de una línea de púrpura, brillaban como el fuego entre la sangre. La parte inferior del rostro, enteramente afeitada, dejaba ver su boca, grande y profunda, cuyos labios, negros como los bordes de una llaga incurable, entreabria repugnante sonrisa. Dos manojos de barbas crespas pendian desde las mejillas hasta el pecho, dando á su cara, contemplada de frente, forma cuadrada. Este hombre cubria la cabeza con un sombrero gris, sobre el que chorreaba la lluvia.

Al verle, Spiagudry lanzó un grito de espanto y el ministro luterano volvió la cara con sorpresa y horror, mientras que el recien llegado, que le reconoció, le dirigia la palabra:

—Aquí estais, señor sacerdote? No me figuraba tener la dicha de volver á ver vuestro aire piadoso y vuestro rostro asustado.

Reprimió el aludido su primer movimiento de repugnancia y sus facciones volvieron á aparecer graves y serenas.

—Y yo, hijo mio, me congratulo de la casualidad que ha conducido al pastor hasta la oveja descarriada, sin duda para que la oveja vuelva al redil del pastor.

—¡Por vida del patíbulo de Aman, que esta es la primera vez que se me compara á una oveja! Creedme, si quereis adular al buitre no le llameis palomo.

—El que desea que el buitre se torne palomo, consuela, pero no adula. Crees que te temo y yo te compadezco.

—Preciso es que tengais, señor cura, gran depósito de compasion, cuando no la habeis agotado con aquel pobre diablo á quien enseñábais esta mañana la cruz para ocultarle la horca.

—Aquel desgraciado, respondió el lu-

TOMO I.

terano, era menos digno de lástima que tú, porque él lloraba y tú ries. ¡Feliz el que reconoce en la hora de la expiacion que el brazo del hombre es menos poderoso que la palabra de Dios!

—Bien dicho, padre mio; ¡feliz el que llora! Nuestro hombre no cometió otro delito que el de querer tanto al rey, que no podia vivir sin hacer el retrato de su majestad sobre unas medallitas de cobre, que luego doraba artísticamente para hacerlas dignas de la real efigie. No ha sido ingrato con él nuestro soberano y le regaló, en recompensa de su cariño, excelente cordon de cáñamo, que le fué conferido hoy mismo en la plaza Mayor de Skongen, por nos, gran canciller de la orden del Patíbulo, asistido de su reverencia, que está presente, gran limosnero de dicha orden.

—Basta, miserable! exclamó el sacerdote. ¿Cómo tú, que castigas, puedes olvidarte del castigo? Oye la voz del trueno...

—Y qué es el trueno!... una carcajada de Satanás.

—Dios mio! ¡acaba de asistir á la muerte y blasfema!

—Basta de sermones, gritó el habitante de la torre maldita con voz tonante é irritada, porque sino podríais maldecir al ángel de las tinieblas que nos ha reunido dos veces en doce horas. Imitad á vuestro camarada el ermitaño, que calla, porque tiene muchos deseos de regresar á su gruta de Lynrass. Os doy las gracias, hermano ermitaño, por la bendicion que os veo dar todas las mañanas á la torre maldita, cuando pasais por la colina; pero creed que hasta ahora me habíais parecido mucho más alto, y creia vuestra barba negra mucho más blanca.

—¿Sois sin duda el ermitaño de Lynrass, el único del Drontheimnus?

—En efecto, yo soy, contestó con sordo acento.

—Somos, pues, los dos solitarios de la provincia. Beclia, que esté pronto listo ese trozo de cabrito, que traigo hambre. Me ha detenido en la aldea de Burlock el maldito doctor Manryll, que solo queria darme doce ascalinos por el cadáver; cuarenta le dan en Drontheim á ese infernal Spiagudry, conserje del Spladgest. Eh, caballero de la peluca, ¿qué teneis? Vais á caer. A propósito de ese compadre de la peluca; dime, Beclia, ¿has dejado ya listo el esqueleto del envenenador Orgivis, de ese famoso nigromántico?... Ya sabes cuál es. Es ya hora de enviarlo al gabinete de curiosidades raras de Berghem. ¿Has enviado á uno de

30335